

CANTO RODADO
ANA GAITERO

HAY SALIDA

Hace unos días me topé con él de frente. Bajé del bordillo a la calzada pues la acera era demasiado estrecha para compartir el paso con sus cuatro ruedas. Iba de amarillo y azul, como siempre, pero había algo extraño en su atuendo habitual que atrapó mi mirada sin que yo pusiera voluntad alguna.

'Hay salida', aún tuve tiempo de leer, 'a la violencia de género'. Correos lleva el deseo de frenar la barbarie contra las mujeres por las calles de la ciudad. Como una buena nueva. Una buena noticia de esas para las que es tan difícil encontrar hueco en la parrilla de la actualidad atestada de malas noticias.

Sí, hay salida, pensé. Todo lo que se proponga la sociedad es posible. Se puede. Sí se puede. Como se pudo movilizar las conciencias de un país hace veinte años para reclamar el 0,7% para los países en vías de desarrollo. Primero hay que plantar cara, como han hecho las plataformas de afectados por la hipoteca ante los desahucios injustos de la población empobrecida.

Hay salida porque sabemos cuál es el camino. La educación, en primer lugar y sobre todo. La igualdad de oportunidades. La equiparación salarial. La complicidad con las víctimas y no con los maltratadores. Y no dar pábulo ni tregua al machismo. La teoría la sabemos bien. Hay que actuar. Pasar de la palabra a la acción. Plantar cara a la violencia de género es una emergencia cotidiana. Los medios de comunicación, periodistas y demás profesionales, tenemos una gran tarea que afrontar. Lo ha dicho Frances Raday, la jefa del grupo de expertos de Naciones Unidas sobre discriminación de la mujer que durante diez días ha estudiado la situación del país y ha puesto en evidencia la enorme diferencia entre los papeles y la realidad.

Deuda impagable

Pensé en la suerte que tenía de cruzarme con un cartero en el mundo



YA NO NOS QUEDA NI EL DERECHO AL PATALEO, LAS LIBERTADES SON DE MUSEO Y TODO TIENE TASA, DESDE EL NACER HASTA EL MORIR, PERO HAY SALIDA... EN LAS URNAS

real. En la calle. Me acordé de la cartera de mi barrio. Y de esa columna de uniformes amarillos y azules que sale cada mañana de la oficina de Correos de La Palomera para hacer el reparto de la correspondencia. Es la plantilla de la zona. Van con carritos de ruedas como los de la compra. Las viejas carteras de cuero llevan tiempo jubiladas.

Correos es la empresa pública más grande del Estado por plantilla y está en peligro de desaparecer. Recorte tras recorte sufre los envites del Gobierno contra el sector público. Todo con la excusa de frenar una deuda impagable que supone ya más del 96% del PIB.

Libertad de museo

Los servicios públicos también están en situación de emergencia o de postemergencia, según la nueva nomenclatura del Musac que se reiventa volviendo a los orígenes tomando como extras a las personas que dan la batalla contra los abusos de la banca. En emergencia está la libertad de expresión y el derecho de manifestación con la ley mordaza. Iremos al museo a manifestarnos y a expresar nuestras opiniones.

Los museos van a ser los únicos espacios que nos queden para no recibir una multa por protestar. El derecho al pataleo se paga caro. Es decir, hay tasa por ejercerlo. Como casi todo en este país. Tasas judiciales, tasas por nacer, por morir y quien sabe si por respirar. El agua ya es oro. Y la libertad, de museo.

Pero, ¿quién dice que estemos como en la dictadura? De aquella se vitoreaba lo de «Menos mal que nos queda Portugal» porque el país luso acababa de hacer la Revolución de los Claveles. Ahora cantaremos «Menos mal que nos queda el Musac». Y no es broma.

Hay salida, sí, pero los cerrojos de las puertas a abrir sólo se romperán con determinación en las ideas y voluntad férrea en las acciones. En las batallas cotidianas. Hay salida, sí, en las urnas.

VANESSA
CARREÑO

OJALÁ TE DESPIDAN

Lo confieso. El otro día le deseé a un amigo que le despidieran. Está harto de su trabajo y se pasa el día quejándose, pero no se ve capaz de dejarlo. Así que le dije que lo mejor que le podía pasar era que le despidieran.

¿Cómo es posible que nos dé tanto miedo la incertidumbre y, en cambio, no pensemos en cómo podemos terminar si seguimos en un empleo que nos está comiendo la vida y las ganas de vivirla? Hacemos lo que sea por evitar el dolor y muy poco por alcanzar la felicidad de disfrutar con lo que hacemos. Porque, total, tengo trabajo, no estoy tan mal, puedo seguir aguantando.

¿Hasta cuándo? ¿Te irías si supieras que encontrarías algo? Entonces, ¿por qué no te vas y te aseguras de hacer lo que sea para encontrarlo? Y ahí es cuando mi amigo baja la cabeza y me doy cuenta de que lo mejor que le puede pasar es que otros decidan por él. Que se lo den hecho. Que no le quede más remedio.

Si pasa, tal vez se enfade y se pregun-



te «¿por qué a mí?», pero la pregunta correcta sería «¿por qué no a mí? ¿O es que a mí no podía pasarme?». Que creemos que sumar sueldos, ascensos y títulos nos da seguridad. Pero no. La seguridad se la gana uno por dentro, muchas veces superando retos como el de un despido. «Es que, si me echan, eso significa que no valgo», decía. Ahí está otro de los errores: creer que si esa empresa ya no nos quiere es que no somos válidos. Y no. Eso, tu trabajo, es lo que tienes. No lo que eres. Tú eres mucho más que eso. Y más te vale descubrirlo. Por eso, para dejar de ver un despido como un problema, hay que poner el foco en el «para qué», no en el «porqué». ¿Para qué me va a servir esto? ¿Qué puedo aprender? ¿A qué lugar mejor me puede llevar lo que me ha pasado? Ahí es cuando empiezas a ver opciones, en forma de otro empleo, otra profesión, de montar algo, de asociarte con alguien... Para que algún día tú también digas que lo mejor que te pudo pasar fue que te despidieran. Para que eso te acerque a tu vocación, como a mí. O para que te aleje del infierno, como a mi amigo.

Coaching to be www.coachingtobe.es



DEMASIADA SANGRE

ANDRÉS ABERASTURI

Todo ha pasado muy rápido, demasiado rápido para poder tomar conciencia de las tragedias porque las posibles nuevas relaciones Cuba-USA acaparan la atención mundial. Pero las cifras de los dos horrores está ahí y yo no termino de entender siempre me pasa lo mismo y no escarmiento- cómo es posible que estas cosas sucedan en 2014 y que nadie haga otra cosa que condenar enérgicamente lo que toque condenar ese día, palabras que no van a solucionar nada, que no van a cambiar a nada. Hablo de la masacre del colegio de Pesahawar llevada a cabo por los talibanes paquistaníes que mataron a sangre fría a 141 inocentes, niños y casi niños, a los que iban

después dando el tiro de gracia de uno en uno tras quemar vivos a varios adultos. Hablo de la nueva locura del grupo Boko Haram que vuelve a ser el trágico candidato a la mayor vileza humana tras matar a 35 personas en el pueblo de Gumsuri (Nigeria) y secuestrar a 185 mujeres y niños. Gumsuri se encuentra en la carretera que lleva a Chibok, el lugar en el que terroristas de Boko Haram secuestró a más de 200 niñas el pasado abril. No entiendo que la ONU no se reúna de urgencia y decida poner fin a la locura de estos grupos que atentan contra todos los derechos humanos, que están o deberían estar localizados y que son o deberían ser la vergüenza, sobre todo, de los países que practican esa misma religión en cuyo nombre llegan a lo más bajo que pue-

de llegar el ser humano. Son los talibanes de Pakistán y la banda Boko Haram. ¿Tan difícil es reunirse y decidir poner fin a sus desmanes? ¿Tan difícil es decir claramente que estos no tienen nada que ver con nosotros y que el Corán es un libro sagrado que no puede servir a estas alturas de coartada para matar a niños o secuestrar niñas? ¿Tan difícil es con tantísimo satélite vigilando nuestras conversaciones saber dónde se esconde esta escoria y, bajo en el mandato de las Naciones Unidas, terminar de una vez con tanta asesino? Hay demasiada sangre inocente derramada, demasiados cuerpos de apenas niñas ultrajados y vendidos en mercados como para que Occidente -y naturalmente Oriente- se limiten a condenar con palabras y a rasgarse las vestiduras.